



Vestido de chine adornado de volantes de organdí, rizado de seda y mangas abullonadas

Creación Rouff

¡La infancia!... Es la primera edad de la vida y, desgraciadamente, es también a menudo la última, porque el hombre empieza y acaba por la debilidad, y toda su vida está impregnada de este sello de debilidad. Es también la edad de la inocencia. Los niños gozan de la vida sin sospechar que nunca más volverá a ser tan bella para ellos: acaparan las alegrías sin ningún mal pensamiento. ¡Tanto mejor! Es un anticipo que se toman sobre los días que han de llegar.

La duración de la infancia varía según la precocidad de la educación. Sabed, pequeñas mamás, a quienes incumbe este cuidado sagrado, que el hombre necesita mucho tiempo ser "niño". ¿Por qué apresurarse a quitar a estos queridos pequeños el primer elemento de su vida, la ingenuidad y el candor y, sobre todo, el adorno tan simpático que es la sencillez? Sí, dejadles ser "niños" el mayor tiempo posible. Entre todas las cosas que contribuyen a darles una seriedad prematura, citaremos la cuestión vestimenta.

No vestirlos con demasiado rebuscamiento. Siempre sencillez. Un niño es hermoso porque tiene buena salud. Se le admira por sus miembros llenitos, sus mejillas duras y sonrosadas. No olvidéis que, con la diferencia de los primeros vestidos, nacerá en ellos el sentimiento de la diferencia de clases sociales: empezarán a darse cuenta de que hay ricos y pobres en cuanto sepan distinguir un tejido de seda de uno de lana.

No les prohibáis jugar, correr, saltar, trepar, por miedo a que estropeen sus vestidos nuevos. No les hagáis esclavos de vuestra propia coquetería. Evidentemente, los niños, sobre todo las niñas, son felices al estrenar un vestido nuevo; no las repetáis demasiado que van "a estar guapas" con aquel vestido tan bonito, porque os exponéis a sorprenderlas demasiado a menudo mirándose en el espejo, persuadiéndose que son, en realidad, encantadoras. La coquetería de las madres hace ser coquetas a las niñas. Ya tendrán tiempo de imitar a mamá. Un día llegará en que se verán guiadas con la mayor naturalidad por la elegancia de esa mamá y por los modelos que tendrán ante su vista. Con un poco de atavismo, repetirán un día, con una naturalidad sorprendente e inconsciente, las mismas actitudes distinguidas y los mismos gestos encantadores.

Y en cuanto a los niños, ¡qué importancia tiene en su vida el día que visten por primera vez pantalón largo!... ¡Bien seguro que lo recordarán mejor que cualquier fecha histórica!

Vestid a vuestros pequeños de blanco, si es posible: ningún color les sentará mejor, ningún otro vestido demuestra mejor que el blanco el cuidado extremo de que están rodea-

Modas Cortes de París por Madeleine Millet

Hablemos también de los niños

dos. El rosa y el azul pastel son también muy bonitos; estos dos tonos, combinados, serán de un efecto delicioso.

Para un bebé de dos años, se podrá hacer un vestidito de franela azul adornado con incrustaciones de franela rosa, realzado con un punto de encaje, o un vestidito en crepón de lana rosa pastel, adornado con piqué blanco o azul. Como prenda de más vestir, no hay nada más mono que un vestidito en crepé satín con mangas ranglan y los hombros adornados con pequeños pliegues, que marcarán el vuelo; los mismos pliegues se repetirán en el delantero del vestido, partiendo de un canesú muy estrecho; la espalda será lisa, cerrada por minúsculos botoncitos.

Para un muchachito muy joven, bajo un abrigo de terciopelo blanco, con una pelerina corta, un vestidito con tirantes de terciopelo planchado azul pastel y una blusa de



Una vista de la Exposición Internacional de la Muñeca, organizada por la Cruz Roja, que se celebra actualmente en París

mangas muy cortas. Para un niño de un poco más edad, un vestidito de franela gris. La blusa, cortada en plastrón con pata, podrá ser adornada con botones de un color que haga juego con el cuellecito redondo, en marrón o en azul marino. El pantalón, muy corto, y manguitas.

Para la "señorita", un confortable abrigo clásico, adornado con un cinturón fantasía o de tejido, con seis botones grandes, con dos solapas, dos bolsillos amplios y un pequeño cuello de terciopelo, sobre el cual podrá colocar un echarpe de lana de abrigo y suave, que habrá confeccionado ella misma: he ahí la vestimenta ideal para ir al colegio. Debajo llevará un vestido de lana o de China, de forma camisero, o un vestido marinero, o una blusita camisero con falda plisada. Cuando salga con su mamá, se pondrá



Vestido de organdí de seda de color natural, bandas de otomán azul claro, fondo de chine color pétalo de rosa

Creación Rouff

un lindo vestidito de tafetán con mangas de quimono, con un volante adornando el pequeño, descote redondo y el borde de las mangas, que serán cortas, hasta el codo. En fin, para un vestido de gran ceremonia, engatusará a su papá para que la regale un precioso vestido como el modelo de organdí de seda que se ve en una de las fotografías.

Como hoy hablamos más particularmente de las jovencitas, voy a distraerlas con una visita que acabo de hacer pensando en ellas.

Casi todas deben estar al corriente de la Exposición Internacional de la Muñeca, que se celebra actualmente en París, organizada por la Cruz Roja, puesto que muchas de ellas han tomado parte en esa Exposición. Sin confesar parcialidad alguna, debo reconocer—esto tal vez debido a la influencia de mi gran simpatía por las cosas de España—que mis preferencias han sido para las muñecas de mis futuras lectoras.

Una de ellas me ha recordado Toledo, con su muralla almenada, su Alcázar del siglo XIII y su magnífica Catedral gótica. Luego vi dos amores de muñequitas, hechas por un grupo de colegialas de Aragón. Un poco más lejos, las castellanas se han sobrepasado en el arte de vestir la muñeca que debían enviar a París. También se ven los envíos de las muchachitas de los colegios de Segovia y de León. Y, en fin, completaban esta colonia miniatura dos deliciosas valencianas de cabellos rubios, adornadas con una enorme peina de cobre y vestidas con sedas de Valencia. ¡Bravo, mis pequeñas amigas, y las gracias más efusivas por vuestro amable concurso, que ha contribuido al gran éxito que obtiene a diario esta Exposición! Ya veis: hasta los juguetes tienen un fin utilitario, puesto que sirven para extender el gusto de las elegantes modas de cada país. ¡Bravo también por vuestra habilidad para manejar la aguja y por el gusto exquisito que habéis demostrado! Al mismo tiempo, habéis festejado con esos trajes tradicionales todos los aspectos que la Naturaleza ha otorgado a vuestro bello país... ¡Soy vuestra sincera admiradora!

Puesto que habéis puesto todo vuestro corazón en la confección de estos personajes, os voy a referir una pequeña historia vivida: El día que se inició un fuego en la casa de la señora d'Aubigné, madre de madame de Maintenon (mujer de Luis XIV, rey de Francia), la niña lloró. "¿Pero vas a llorar por la pérdida de una casa?", le dijo su madre. "No lloro por la casa—le contestó ésta—: ¡lloro por mi muñeca!"

Por ALFREDO MUNIZ



el excelente primer actor del teatro Muñoz Seca, en una de sus caracterizaciones más felices



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Debutó Lola Membrives con *Bodas de sangre*, el magnífico poema de García Lorca. ¿Fue usted a verla la noche de la presentación?

—Fui; que no anda la escena española en estos tiempos tan sobrada de acontecimientos artísticos, como para desdeñar un espectáculo positivamente interesante.

—¿Y qué le pareció?

—Excelente la obra, excelente la interpretación que a ella le da la señora Membrives, excelente la labor realizada por Helena Cortesina, excelente asimismo alguna otra intervención artística; pero...

—¿Cómo! ¿Después de tanta excelencia, va usted a salirse con un «pero»?

—Sí; pretendo ser siempre justo. Y justo es decir que la compañía, en general, es bastante pobre de figuras. En el reparto de *Bodas de sangre* «doblaron» cuatro o cinco actrices. ¿No cree usted que esto sea motivo de reparo?

—Sí; realmente, no debieron doblar tantas artistas. Sobre todo, Isabel Zurita... ¿de ninguna manera!

—¿Y qué: Antonio Vico, termina o no termina su temporada en el Muñoz Seca?

—¿Cualquiera lo sabe!

—Por lo visto, se trata de un secreto.

—De un secreto, no: de la voluntad de la dueña del teatro.

—No lo entiendo.

—Verá usted: Desde hace algún tiempo, las prórrogas de la actuación se vienen haciendo de semana en semana. Es decir, los sábados, si a la propietaria del Muñoz Seca le parece bien, le dice a Antonio Vico: «Continúe usted otra semana.»

—¿Pero esto es inconcebible!

—Todo lo inconcebible que usted quiera, pero cierto. Y así resulta que la compañía Carbonell-Vico, con una obra de éxito en los carteles, no sabe si habrá de concluir la temporada este o el otro sábado... Total: que si a doña Consuelo Portela se le antoja, puede darse el caso de que Vico haya dejado de actuar en el Muñoz Seca cuando el presente número salga a la calle.

—Y, de marcharse Vico, ¿qué espectáculo le sucedería?

—Cine.

—Pues... ¿se va a divertir la empresaria de Muñoz Seca!

—¿Ensayan en Lara?

—¿Qué hacer si no? Para mal, el mío continúa aletargada de desinterés.

—¿No va público?

—Muy poco. Y cuidado que la comedia es divertida: una de las obras más finas de las escritas por los Quintero en estos últimos tiempos.

—¿No hay quien entienda al público!... ¿Y qué ensayan?

—Los nietos del Cid, de Serrano Anguita.
—¿Gustará?
—Cuando lleve diez o doce representaciones, podré contestarle.

—¿Desembarcaron Guerrero-Mendoza y sus huéspedes?

—Sí, señor, en Cádiz.

—¿Actuarán inmediatamente en Madrid?

—La idea de ellos era realizar primero una excursión por provincias; pero ahora, con lo ocurrido en Fontalba, es casi seguro que traten de deshacer los asuntos firmados y se presenten rápidamente en el feudo del Marqués.

—Y a propósito del Marqués: ¿qué le ha ocurrido con Joaquín Dicenta?

—Con Dicenta y con diez autores más. Porque, con éste, son ya once los comediógrafos que han jurado no volver a estrenar en el teatro Fontalba.

—¿Razones?

—Las ignoro. Pero, según declaraciones de Dicenta, parece que el señor Fontalba exige unas condiciones para actuar en su teatro, que iríanse usted de las célebres horcas caudinas!

—Pues, con cinco o seis vetos más, tendrá que dedicar su local a cine.

—Esó de la conmemoración del tercer centenario de Lope de Vega, ¿no cree usted que camina con cierta lentitud?

—¿Con cierta lentitud? ¡A paso de tortuga! Llevamos vencido el mes de marzo y, a estas horas, apenas si se ha hecho más que lo del grupo «Anfistora».

—Efectivamente, todo se vuelven proyectos, notas, promesas más o menos vagas... Total: que llegaremos a finales del año y no se habrá llevado a cabo nada práctico. ¿Me conozco a mis clásicos!

—Datos para la historia: Celia Gámez continúa siendo «vedette» de revista. Y actuando en el teatro Nuevo, de Barcelona. Y pintándose un lunar en la mejilla. Y cantando medianamente.

—¿Hombre! ¿Y aquella excursión artística que estaba preparando el ex jabali de las Constituyentes, señor Balbontin, para dar a conocer tres magníficas comedias suyas?

—Pues siguen los preparativos.

—¿Todavía?

—Todavía. Tenga usted en cuenta que, para organizar excursiones artísticas de esta índole, hace falta una compañía de actores, y que los actores suelen pedir unos préstamos antes de comenzar la actuación... ¡No es tan fácil organizar un negocio teatral como pronunciar un discurso violento en las Cortes!

—Es verdad.

—¿Al fin!

—Al fin, ¿qué?

—Al fin, ha terminado Luis de Vargas el acto tercero de la comedia del María Isabel.

—¿Y qué?

—Que lo llevó inmediatamente al teatro.

—¿Y qué más?

—Que ya están ensayando la obra.

—¿Y qué más?

—Que dicen que es muy graciosa.

—¿Y qué más?

—Pues... nada más.

—Más datos para la historia: Cierta actriz —guapísima, por cierto—apareció en el mundo de la escena con unos apellidos de marcado abolengo español: Aurora García Alonso, por ejemplo. Pasado algún tiempo, la actriz metió entre el García y el Alonso un pomposo guión. Pasado más tiempo, suprimió el guión y ayuntó el García con el Alonso. Pasado más tiempo todavía, es decir, anteayer, me entero por un diario de provincias que ya no se llama García Alonso, ni García-Alonso, con guión en medio, ni Garcialonso, todo seguido, sino Garcialonso... ¡Formalidad, admirada y bella actriz! Porque, de seguir así, va usted a terminar llamándose Aurora Núñez de Balboa. ¡Y se van a hacer un lío las empresas!

Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

Coliseum: «Bodas de sangre».—Lola Membrives, después de una larga ausencia, se presentó en el Coliseum al frente de su compañía. Y se presentó con «Bodas de sangre», la admirable obra que impuso sus calidades, que nutrió de alientos poéticos el páramo pelado de la emoción teatral de esta hora—hora cansada de inquietudes, fatigosa de inspiración, torpe de ritmo—, que elevó a las justas cumbres del señorío del talento a un espíritu fino de sensibilidad, ancho de horizontes, borracho de todas las luces que nacen, no se sabe dónde, para alumbrar mundos de arte, paisajes de esperanza; un poeta, en fin, sacado de la celda franciscana—rectángulo de cal y de silencio—de sus libros, para encaramarlo, con gritería de fervor, con calor de muchedumbres, a las frondas más altas del árbol de la popularidad.

¡Bienvenida seas a esta tu casa, Lola Membrives! Tu brazo, firme de calidad dramática, tiene apoyo seguro en el brazo vigoroso de inteligencia del poeta. Tú y él, aliento con aliento, brazo con brazo, formáis una muralla de arte, donde deben romperse, se romperán, las pobres olas de un pobre mar vacío de sonoridades, huero de caracolas, silencioso de susurros... Que Madrid se te abra en una ofrenda de entusiasmo. Y que te otorgue el don de su asistencia. Y que junto diariamente sus manos en un homenaje de palmas a tu arte, para que tu arte se emborrache cada noche con el vino caliente del fervor.

«Bodas de sangre», reseñada y celebrada ya por la Prensa y el público de dos mundos, sólo puede suscitar en esta venturosa hora de su resurrección en la escena española un comentario a la nueva versión que a ella le da la señora Membrives. Esta actriz ha visto la obra de García Lorca al través de la lente propia de su temperamento. La ha desentrañado, ha buceado en los repliegues de sus calidades menos visibles, ha hurgado en los nervios más sensibles de su humanidad y ha creado, o, por lo menos, ha descubierta filones de ternura, vetas de calidad, manantiales frescos de alientos que palpitaban en su entraña con silencio incomprendible, para llegar, entre luminarias de acierto, a una de las creaciones más venturosas de su historial magnífico. Así lo entendió el público, que hizo objeto a la actriz de constantes y encendidas manifestaciones de entusiasmo, a la que unimos, cordialmente, la nuestra.

Con la señora Membrives compartieron el clamor de los aplausos, en plano relevante, Helena Cortesina, actriz cada día más excelente y más eficaz; Blanca Alonso de los Ríos, justa y entonada; la señorita Larea, que dijo con emoción los versos de la nana; Isabel Zurita, que dió prestancia poética a su papel, y, en un orden secundario, cuantas artistas intervienen en el reparto femenino.

Muy entonado, muy severo y muy sobrio, Luis Peña. Y, en fin, dignos de alabanza por el acierto de sus respectivas interpretaciones, los señores Maximino y Lemos.

El público, prendido en un entusiasmo unánime, reclamó la presencia de Federico García Lorca al final de todos los cuadros de su poema.

María Isabel: «¿Por qué te casas, Perico?»—Dos periodistas notables y autores también experimentados en las lides teatrales, unidos recientemente en una colaboración que se inicia por partida doble—la misma noche estrenaron una comedia y una revista—, han dado a la Empresa del María Isabel el fruto primogenio de su colaboración: «¿Por qué te casas, Perico?» No han pretendido los señores Ramos de Castro y Mayral—éstos son los notables periodistas aludidos—realizar en esta obra una empresa de arte, sino, simplemente, ponerse a tono con los gustos intrascendentes que imperan actualmente en los ámbitos teatrales y dar satisfacción a un público que no se recata en declarar su condenación para cualquier espectáculo que le proporcione la terrible molestia de pensar. ¡Oh, triste declaración que pone rubor en las mejillas de todos los tontos del pensamiento!

Se trata de una comedia en la que se mezclan, en dosis equivalentes, lo cómico, más o menos disparatado, y lo sentimental, menos o

más conseguido; pero una y otra cosa servida con un diálogo chispeante y jugoso y con un decoro que acredita en todo instante la brillante ejecutoria de las plumas que le dieron aliento.

La compañía del María Isabel dió a «¿Por qué te casas, Perico?», una interpretación discreta; el público aplaudió con calor bastante para asegurar a la pieza vida próspera en los carteles, y uno de los autores—Paco Ramos de Castro; el otro, José Mayral, hubo de hacer los honores al auditorio del teatro Romea, que aplaudía a ambos con idéntico entusiasmo a aquella misma hora—salió al proscenio al final de cada acto entre ovaciones y parabienes.

Muñoz Seca: «Con las manos en la masa».—Antonio Vico, uno de nuestros actores jóvenes más eminentes, que junto con su esposa, la notabilísima actriz Carmen Carbonell, realiza en el Muñoz Seca una campaña tan digna de loa en su aspecto artístico como desventurada en su resultado económico, ha tenido el gesto romántico de apadrinar una obra escrita por dos compañeros suyos de profesión: Joaquín Alfayate y Marco Davó. Estos, conocedores por imperativos de su oficio de todos los recursos de la mecánica teatral, han escrito una comedia de tipo asainetado, verbo ágil y gracia auténtica, que fué sancionada por el público con inequívocas demostraciones de complacencia unánime. Y que, sobre todo, dió ocasión a la señora Carbonell y al gran Antonio Vico para lucir una vez más las galas de su talento interpretativo.

Con los titulares del Muñoz Seca cooperaron a la magnífica interpretación de la comedia los artistas del elenco que tomaron parte en el reparto.

Romea: «Al cantar el gallo».—El teatrillo de la calle de Carretas renovó sus carteles con una piececita—opereta bufa la denominan sus autores—que sigue fielmente las rutas desprecupadas del disparate marcadas en aquel escenario como norma de producción y también como antecedente de éxito.

Paco Ramos de Castro y José Mayral—veteranos de la pluma, a pesar de su juventud, en las lides periodísticas—han derrochado el caudal de su buen humor en quince días—no creemos hayan tardado más en escribir *Al cantar el gallo*—de colaboración fecunda. Se trata de una especie de torneo de hacer reír, en el que los autores cogen por los pelos toda ocasión de efecto cómico, sin pararse un instante a considerar dónde deben alzarse los muros infranqueables de la discreción y el buen gusto. Chistes y situaciones de dislocada comicidad se suceden constantemente a lo largo de la pieza, ilustrados pródigamente por la musa lírica del maestro Luna, que ha compuesto una partitura pobre de inspiración y desconcertante de técnica, pero abundante en pretextos para que el delicioso plantel de vicetiples, «vedettes» y «supervedettes» luzcan las galas de su juventud y de su belleza.

Al cantar el gallo tuvo ese éxito, ya tradicional en los teatros de revista, que requiere al final de la representación la presencia en la escena de cuantas personas—alrededor de un centenar—cooperaron más o menos directamente a la elaboración del mismo. De ellas, lo menos seis u ocho se creyeron en la obligación de dirigir la palabra al público que asistió al estreno. Y lo hicieron, naturalmente.

Victoria: «Poesías», por González Marín.—Ha vuelto González Marín. Su voz y sus gestos, encendidos de arte, han vibrado de nuevo ante el auditorio incondicional del rapsoda en la escena del Victoria.

Encarna González Marín una personalidad propia en el arte de la recitación. Los versos, al recibir el aliento cálido de su verbo, al tomar forma plástica, expresión de movimiento, en la magra humanidad del artista, se nutren de palpitation emotiva y establecen una corriente de compenetración perfecta entre el valor espiritual de la poesía y el poder de captación de todas las sensibilidades. Tiene este mago de la recitación, en el gesto y en la palabra, en la figura y en la acción, calidades extraordinarias, que aureolan su arte de una especie de nimbo luminoso, cuyos rayos inundan de claridad el espíritu público para hacerle sentir la emoción maravillosa del arte puro. Por eso, González Marín, creador de una modalidad escénica tan personal como de difícil imitación, ha logrado, en esta hora triste de indiferencia general para el arte, ganarse la estimación entusiasta de un auditorio que corre siempre tras él para rendirle el tributo caluroso de sus palmas.

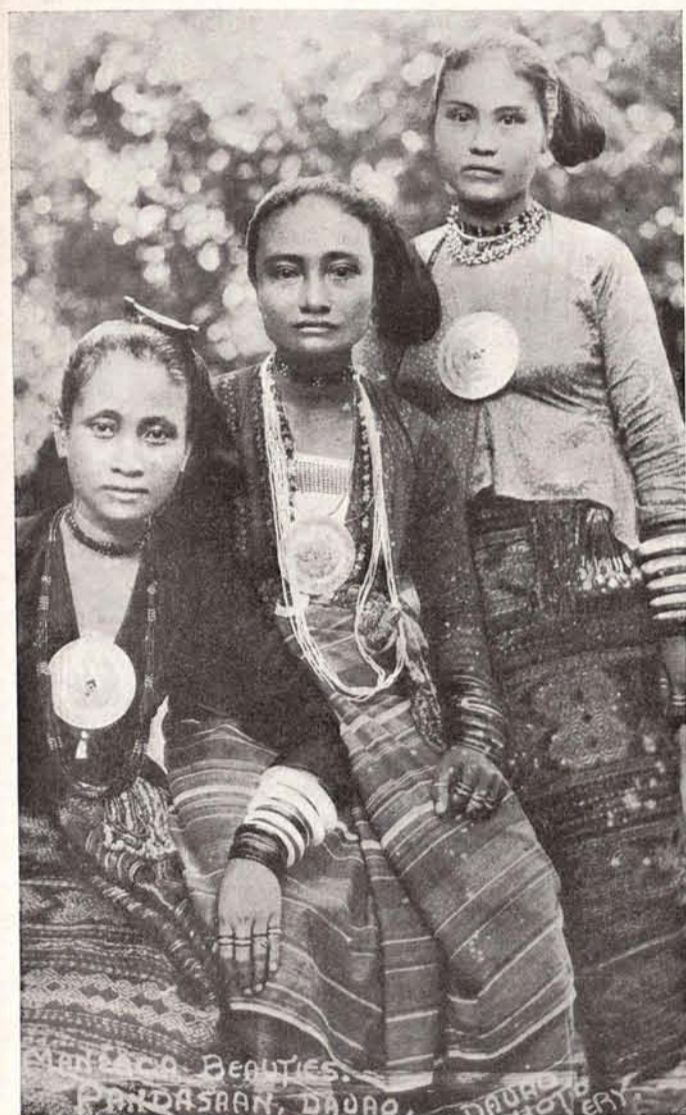
Rueda, Villalón, García Lorca, Alberti, los Machado, Góngora, Ayala, Menéndez Pidal Canedo, Gabriel y Galán, Benavente, los Quintero y otros ilustres maestros de la poesía clásica y contemporánea fueron interpretados por José González Marín con ese estilo brioso y personal que le ha situado en el primer plano de la recitación.

El público llenó la sala del Victoria en todos los recitales y dedicó a González Marín constantes y fervorosas ovaciones como pago a su admirable trabajo.

En España, cada región nos da una prosa, un verso y una flor; nos enseña un tipo de hombre y de mujer, un paisaje y una arquitectura, un cielo y un clima. Pero sobre todo eso, en el valor inmensamente decorativo de sus diferencias regionales, nos canta una canción en el dulce idioma regional, nos baila sus danzas y nos enriquece las retinas con los trajes nativos.



Riqueza como pocas, tal vez como ninguna, la de nuestro vestuario regional. Mujeres y hombres de Valencia, las Vascongadas, León, Andalucía, Extremadura. No hay similitud ni en la gracia del tocado, ni en la algarabía de color, ni en el corte de las prendas. Es todo un mundo, vasto mundo de vestidos femeninos y de hombre que ningún otro pueblo de la tierra puede enseñar en igual cantidad o calidad. Es un ropero en que las prendas de Galicia, Aragón, las Baleares, Asturias, tienen todas su historia propia, y son to-



das complementos de una historia mayor y fecunda, que nace en los pliegues severos de Castilla.



Y empero, en nuestras provincias ya no se cultiva el donaire del traje regional. Un vestido común unifica y monotoniza a nuestra población; necesidades de labor o escaseces económicas, deseos de mayor desenvoltura y libertad de movimientos, lo cierto es que en España los trajes nativos van quedando en el olvido, en un lamentable ostracismo.



Para lo que van quedando los trajes nativos

POR

R. M. L.



Hemos visto a unos pocos en el Carnaval pasado. Iban mezclados con trajes de Rusia, Rumania, India, Japón, Marruecos. etc. Enlazados unos y otros en un mismo fin decorativo, que no es en verdad la razón primordial de su existencia, y que al producirse nos obliga a pensar con tristeza que los trajes nativos se acaban.



La vida material ha blanqueado al mundo entero. El cinematógrafo, el periodismo, los grandes medios de locomoción y expresión de la edad moderna se filtran en todos los ambientes para dar a conocer los pormenores de otros medios.



Así tenemos que en el Asia, donde existían hasta no hace mucho razas exclusivas en sus modos de vida, comienzan a adoptar elementos occidentales, en un tonto afán de ser como nosotros. La gracia del "kimono" japonés se cambia por vestidos europeos. La elegancia del vestido de "mestiza", de Filipinas, se



trueca en modelos norteamericanos. En una y otra parte sólo quedan para ocasiones especiales, tan especiales y a la par triste, como el Carnaval. Parecería que la misión fundamental de sabor de la tierra de los trajes nativos se ha perdido por completo, para quedar en pie el subalterno valor decorativo.



Con pena, con la tristeza que acentúa la lógica de los tiempos que a esas claudicaciones obligan, anotamos estas reflexiones al huir, con las últimas horas de la tarde, las máscaras del Domingo de Piñata.



—Tal vez ustedes recuerden aún cuándo fué vista la última vez en público la princesa. En La Opera, aquella noche daban "La Sonámbula". Aquella noche yo tenía una cita: debía ir a cenar con la condesa de Monthéry. Me dicen que aquella noche en La Opera se había reunido toda la buena sociedad.

EL ESPIRITU DE LA NOCHE

Por J. BEESFON

ILUSTRACIONES DE GORI MUÑOZ

—Sí, señores míos—dijo el príncipe Villarsky, dejando caer sobre la alfombra el *Petit Journal*—, se ha charlado mucho sobre la desaparición de mi mujer. Es probable que hasta ustedes se hayan puesto en trance de hacer conjeturas y las hayan difundido. Naturalmente, yo no puedo hacerle un cargo por eso. Mi mujer ha desaparecido realmente. ¿Volverá alguna vez? Pues bien: escúchenme. La princesa Micaela no volverá más, así como no reflorecen las flores agostadas y así como no vuelven más los años idos.

Y como el camarero del círculo se aproximaba para recoger el diario, el príncipe calló.

Estaban en el salón de fumar siete hombres, que, hasta entonces, habían permanecido entregados a la lectura de los diarios, pero que ahora se manifestaban dispuestos a escuchar lo que decía el príncipe. Todos, con la única excepción de un señor que, sumergido en la lectura del *Petit Journal*, no levantó siquiera la vista.

La princesa Micaela había hecho su primera aparición en la sociedad parisiense hacía sólo tres meses, conquistándose la admiración de todos. Los salones aristocráticos se sentían felices de acogerla, porque el hielo de las conversaciones se diluía con su amabilidad.

Un soneto publicado en la *Revue de deux Mondes*, titulado «El espíritu de la noche», había sido, sin lugar a dudas, dedicado a ella.

Improvisamente, la dama había desaparecido.

—Y si ustedes me preguntan dónde está la princesa—prosiguió el príncipe—, yo les responderé: pregúntenme dónde están las falenas que vimos revolotear el año pasado, pregúntenme dónde están los meteoros que aparecen por un instante ante nuestros ojos y que luego desaparecen para la eternidad en los espacios celestes.

Todo esto era un poco teatral. Y, si se tienen en cuenta las circunstancias, de un gusto muy relativo.

El asunto atacaba un poco los nervios de los auditores; el séptimo de ellos permanecía aún sumergido en la lectura de su diario. Y el camarero, con su elegante uniforme gris con grandes botones, estaba reclinado, listo para sacar de su lado un cenicero lleno de colillas de cigarrillos.

«¿Qué es lo que estaba por referir aquel tipo del príncipe?», pensaban todos los presentes, que se habían inclinado silenciosamente hacia él, en sus amplios sillones de cuero.

El príncipe miraba con ojos fríos y calmos, y el interés de todos le hacía perdonar hasta la iniciación retórica del relato.

—Se me ha dicho—expresó el príncipe Villarsky—que yo debo una explicación acerca de la desaparición de la princesa

a toda la sociedad parisiense; la cortesía la exige, y yo temo que, dentro de no mucho tiempo, la exija también la policía.

«Ya ha sido dicho por muchos poetas que la vida es una gran aventura. Así, pues, ahora voy a referirles un capítulo de mi vida aventurera. Pues, no obstante mi título extranjero, yo soy francés; ¡ustedes no se sorprenderán! ¡Se sorprenderán si la que yo voy a contarles termina por ser una historia de amor!»

Se volvió hacia el camarero y le dijo:

—¡Tráigame tres cigarrillos!

El camarero salió para cumplir el pedido.

—Tal vez ustedes recuerden aún cuándo fué vista la última vez en público la princesa. En La Opera, aquella noche daban «La Sonámbula». Aquella noche yo tenía una cita: debía ir a cenar con la condesa de Monthéry. Me dicen que aquella noche en La Opera se había reunido toda la buena sociedad. La princesa Micaela llevaba un vestido color anaranjado con rosas rojas, adorno que siempre le había sido muy grato; tenía un collar de quinientas perlas orientales, que le cubrían todo el escote y que brillaban sobre el vestido como una luminosa maravilla; diamantes rojos brillaban en sus dedos, y en sus cabellos, una media luna de rubíes. No les entretengo con la referencia de estos detalles por vana complacencia, sino porque ellos parecen indispensables para el claro entendimiento de mi historia.

«Parecía que la princesa estaba muy triste y que, al final del primer acto, estaba evidentemente próxima a las lágrimas. Se pensó que fueran causa de ellas las dulces melodías de Bellini, que tan largamente recogen patéticamente nuestra alma. Apenas cayó el telón, la princesa abandonó su palco. Y no volvió más. ¿Qué hizo? Señores, lo que hizo yo lo he oído de sus propios labios, y, por lo tanto, puedo imaginarlo con una precisión tan absoluta como si lo hubiese visto con mis mismos ojos. Tan familiares me son los personajes de la acción. La princesa, entonces, regresó a casa y, por teléfono, pidió su máquina más veloz. Cinco minutos después, envuelta en su piel, se sentaba en su automóvil, y, una hora después, estaba ya lejos de París, sobre uno de los caminos que conducen hacia el sur de Francia. El ruido del motor despertaba a los rebaños adormecidos, y los postes telegráficos desaparecían, fulmínea y fantasmagóricamente, detrás de su máquina.»

El príncipe hizo una breve pausa y tomó uno de los tres cigarrillos que el camarero le había traído en un cubilete, alejándose después un poco, pero sin dejar el salón de fumar. Estaba lleno de curiosidad, y se comprendía bien que no le había tocado nunca una velada semejante.

—Tenemos todavía un poco de tiempo ante nosotros—continuó el príncipe Villarsky, metiéndose el cigarro entre los dientes y arrellanándose cómodamente en su amplio sillón de cuero—. Sigamos, pues, paso a paso, a la princesa. Esta, impulsada por un deseo irresistible, cumple un lago viaje. La noche declina ya, y la obscuridad comienza a teñirse de una blancura fantasmagórica. Después de detenerse brevemente en un pequeño albergue, el auto reemprende su carrera vertiginosa. La princesa ordena parar: el rocío comienza a evaporarse, y la blanca mayorana, en el precipicio, emana un perfume enervante; la princesa aspira aquel perfume como algo familiar y propio y, con una mirada indescriptible, contempla los lejanos campos de cebada y los pantanos, sobre los cuales los tristes sauces dejan caer sus ramas.

«Es aún casi de noche, y la princesa ordena al chofer que la espere. ¿Dónde se encuentra? Por motivos que serán aclarados pronto, señores míos, debo callar esta indicación, por otra parte superflua. Diré solamente que se encontraba en la provincia de Perigord. Ella debe conocer bien esa zona, porque sus pasos, al subir hasta una breve altura, son resaca y seguros. Llegada a la cumbre, la princesa vió despuntar una luz roja detrás de la ventana de una casucha, y, ante aquella visión, la princesa oprimió las manos contra el pecho, como para detener los latidos agitados de su corazón. Detrás de la casa hay un bosque tupido y oscuro como si de él surgiera la noche misma. Un grito melancólico como un lamento, el del mochuelo, resuena tristemente, y le hace eco el otro, más próximo, del buho. Desde abajo, desde el pantano, sube un croar intermitente de ranas.»

«La princesa avanza y se encuentra delante de una choza. Llama. Ha llegado a la meta de su viaje. Entra y se encuentra en una cocina: sobre la gran chimenea, en la pared, arden trozos de leña, y de los travesaños de la campana, ennegrecidos por el humo, penden jamones y ristas de cebollas y de ajos. Hay también un gran reloj en la pared, y cada tic-tac de su pesado péndulo mata un segundo. Sobre la mesita arde una humeante lámpara alimentada con aceite pestilente.

«Un hombre está sentado a la mesa y escribe, cifra sobre cifra, en un viejo libranco de cuentas; y aquel trabajo insólito da una tensión extraña a su rostro, recubriendo de pelusillas rojas. Es ancho de hombros y fuerte de estatura; sus cabellos tienden ya al color grisáceo, y su blusa abierta revela su torso de atleta. La irrupción de la princesa le hace darse vuelta repentinamente. Una pregunta juega en sus ojos, y su frente se arruga. Se pone en pie. Su rostro palidece...»

«Convulsivamente, aprieta los puños poderosos y encallecidos por la labor campesina. Abre la boca como para decir algo, pero no logra emitir más que sonidos inarticulados. Todo su cuerpo tiembla, y se ve obligado, de pronto, a sostenerse de la mesita. Un sudor fino le llena de perlas la frente. ¿Qué horrible conmoción ha hecho presa de él? ¿Quién puede ser aquella mujer?»

«Ella es su mujer, señores.»

Todos los presentes se sobresaltaron. Sólo el hombre que leía el *Petit Journal* no se movió: tal vez estaba adormecido.

El camarero, que rondaba en torno a la mesa, se dió vuelta, y sobre su rostro erró una sonrisa.

—Su mujer, señores míos—prosiguió el príncipe Villarsky, mordiendo su cigarro y siguiendo con sus miradas las volutas de humo—. ¿La cosa les asombra? Pues bien: es la pura verdad. Y es también, si ustedes quieren, mi confesión. Puede ocurrir que el amor que nos ha unido no sea suficiente para una plena absolución, pero, sin embargo, puede ser una fortísima circunstancia atenuante. Hace ocho años, hallé a aquella mujer delante de una casa de campo, y enseñuida se me apareció tal cual era: una joya purísima. La llevé conmigo. No les digo de qué manera vestía. Era una aldeana de Perigord. Ustedes comprenderán perfectamente que yo la transformé por completo, cuando creo que por sus venas corre alguna gota de sangre noble. Durante cinco años, la hice educar por los mejores maestros. Sus manos son sutiles y transparentes como la porcelana... pero... prosigamos.

«Con una voz rota por la emoción, la princesa Micaela pregunta al hombre: «Dime, ¿es verdad que nuestra hija María está gravemente enferma?» La palidez del aldeano acrecía. Sus miembros volvieron a temblar, como bajo la influencia de las terribles fiebres palúdicas de aquella región, y un frío de muerte pareció ponerle rígidas las rodillas. El, un coloso, un atleta cuyos brazos poderosos podrían matar a aquella frágil criatura que es la princesa. ¿Qué es lo que le hace temblar de aquel modo? El temor de perder a su hijita. Abandonado por su mujer, él había arrojado a ésta contra todas sus maldiciones, y después la había olvidado completamente. Pero la hija, a la que ya amaba más que a las pupilas de sus ojos, se había convertido en su ídolo, en su estrella, en el único objeto de su vida. Y ahora, he aquí la madre. ¿Acaso para llevársela? Esto no debe ocurrir. Por todos los diablos del infierno, ninguna fuerza, ni humana ni divina, puede lograr arrancarle a su criatura. Pero él tiene miedo de aquella mujer: su belleza, su misma fragilidad lo hacen temblar. Con voz llena de rencor y de algún sentimiento más sutil e indefinible, grita:

«—¡Vete! ¡No te necesito! ¡Vete!»

«Su miedo sería menor si él se encontrara frente a una pantera que se hubiese insinuado en su casa. Micaela le hablaba con la dulzura con que se habla a un muchacho aterro-

rizado:

«—No he venido a hacerte daño. He venido para ver a la chiquilla. ¿Cómo está?»

«El rugió:

«—¡No!... ¡No!...»

«Sé muy bien que te he ofendido profundamente, Antonio. Desearía hacer cualquier cosa para ayudarte. Y hoy puedo hacer mucho por ti. Dime, ¿es verdad que María está gravemente enferma? ¿Cuánta nostalgia siento por ella! Es un fragmento de mi corazón. Permíteme, Antonio, que haga algo por ti. Por ella. Tengo la posibilidad de hacerla cura: por los mejores médicos de París.

«—¡No, por Dios!—gritó Antonio—. Nadie debe ocuparse de mi hija.

«—Te comprendo muy bien—respondió Micaela con un tono amistoso y casi humildemente—. Ella es tuya, y nadie puede quitártela. Quiero saber solamente si es verdad que está enferma gravemente.

«—Pues bien, ¡no!—dice Antonio, después de una pausa y

observando a Micaela como temiendo caer en engaño—. Es verdad que ha estado muy enferma, pero ahora está fuera de peligro.

—¿Me juras que esa es la verdad?

—Sí, no miento. ¡Y ahora, vete!

—¡Déjame la ver, Antonio! Una mirada solamente—rogó ella.

»El hombre se alejó con un gesto irritado; ella se le acercó, y la piel rodó sobre sus hombros, desnudos y luminosos como un alba radiante... Los ojos de ella lo miran; ella apoya sus dedos enguantados sobre el brazo de él y le pide todavía, con voz melodiosa y acompañada de una sonrisa dulcísima:

—¡Sólo un momento, Antonio, un momento sólo!

»Por un instante, él permanece aturrido y perplejo. La transformación de su mujer le parece un sueño. ¿Es ésta la aldeanita que él desposó algunos años antes en la pequeña iglesia de la villa? ¿Esta refinada y perfecta criatura, su mujer? Un dulce perfume emana de su piel y un rizo de sus cabellos desflora los cabellos del aldeano. Por un momento piensa estrecharla todavía una vez entre sus brazos. Pero la mujer parece intuir su atención y retrocede.

—¡Vete!—ordena él, y abre la puerta.

»Ella obedece, y Antonio cierra la puerta detrás de ella y le pone la llave, como si temiese su retorno.

»Micaela ha salido; la tranquilidad de la noche la calma un poco.

»Desde lejos se veía confusamente el campanario de la iglesia: había un cura en aquella iglesia que deseaba inducir a volver con su marido. Acaso no se hubiera equivocado... ¿Podría hacerlo? ¿Debe hacerlo? No puede... No puede... no puede perder su juventud y su belleza en aquel pueblito... ¡No!... ¡No!... Pero allí está su hija, a quien ella ama más que a sí misma.

»Retorna a su casa, *avenue de l'Opera*. La mujer de Antonio ha vuelto a ser la princesa Micaela. Pregunta por mí, y le dicen que he salido. Le dan una carta que he dejado para ella. La toma y se recoge en el saloncito.

»Lee:

—Amor, lee esta carta con atención, porque temo que ella va a herirte profundamente. Hemos vivido juntos algunos años felices, y te estoy íntimamente agradecido. Ha de dolerte, por cierto, atrocemente que esa época haya terminado para siempre. Tú me juzgarás infiel y sin corazón, pero nuestras relaciones deben cesar absolutamente. No quiero ocasionarte mayor dolor con largas y floridas explicaciones y justificaciones. Y creo que ni siquiera sea necesario un último encuentro entre nosotros, puesto que él no tendría otro resultado que entristecernos mayormente a ambos. Naturalmente, tendré cuidado de que no te falten medios. Te ruego no olvidarme.»

»Era yo quien había escrito aquella carta, que cayó sobre aquel corazón tumultuoso como un meteoro que se precipita violentamente del cielo y se rompe.»

El narrador tomó otro cigarro, le despuntó con movimientos, lentos, luego dirigió una mirada hacia el hombre del *Petit Journal*, que, evidentemente, se había dormido de veras.

El camarero estaba detrás de la columna de granito, un poco reclinado hacia adelante; estaba visiblemente ansioso de escuchar el final de la historia, y sus ojos relucían, demostrando un interés extraordinario.

Los otros seis no se movieron: sólo cambiaron entre sí miradas significativas.

Estaban asombrados.

¿Cómo podía elegirse la saia de un club para contar cosas tan personales?

Evidentemente, el príncipe no era del todo sabio aquella noche.

El príncipe Villarsky prosiguió, con un tono de voz alterado:

—Veinte minutos después que la princesa había leído la carta, y mientras estaba sofocada y casi privada de conocimiento, le fué anunciada una visita. La tarjeta tenía el nombre de Jorge Dupontel, y debajo la siguiente leyenda: *Agente de seguridad pública*. La llegada de un agente la puso fuera de sí. ¿Qué sucedía? Lo recibió inmediatamente. Debo hacer notar que Jorge Dupontel es uno de los mejores hombres de la policía secreta de París.

»Comenzó diciendo:

—He sido encargado de una misión particular, que exige mucho tacto y que no está desprovista de cierto aspecto dramático y novelesco. Ante todo, debo advertirle que su marido, el príncipe Villarsky, se encuentra, sin quererlo y probablemente sin saberlo, en una situación muy difícil y peligrosa. He aquí lo que pasa: es probable que usted no vuelva a ver nunca más al príncipe... Hay de por medio otra mujer. Pero nosotros, en verdad, no buscamos al príncipe, si bien buscamos a aquella mujer. El ha sido visto, con toda seguridad, junto a ella en la avenida des Champs Elisées, hace de esto unas treinta horas.

—¿Y cómo se llama esa mujer?—pregunta Micaela, con el ímpetu impulsivo de la mujer herida en su amor.

—Su último nombre es duquesa de Monthéry.

—¿Cómo su último nombre?

—Pues porque tiene varios. Y es la más peligrosa y, ciertamente, también la más fascinadora de las mujeres criminales de toda Europa.

—¿Y el príncipe sabe... que... la duquesa?...

—No, por cierto—dice Dupontel—; de eso podemos estar más que seguros. ¿Quiere mostrarme aquella carta?...

»Micaela sacudió la cabeza.

—No puedo—dijo.

—Dígame al menos si usted sabe que el príncipe se halla en relaciones con una mujer—solicitó todavía insinuante Dupontel—. Escúseme... princesa. ¿Es que acaso la ha abandonado el consorte?

»Micaela dobló la cabeza.

—¡Oh!... lo siento infinitamente—dice el agente—, y le quedo muy agradecido por sus preciosas informaciones. Creo que lo salvaremos. Y, como agradecimiento a su cortesía, le referiré algunos antecedentes del caso. Hace cerca de catorce años ocurrió un ruinoso robo en un Banco. Fueron inmediatamente sospechados tres franceses, llamados Livet, D'Apreal y Le Hire. Estos habían desaparecido después de haber robado una suma fabulosa a la Banque du Commerce. La policía, después de vanas búsquedas, prometió la impunidad a aquel de los tres que denunciara a los otros dos. Fué Livet quien aprovechó esta ocasión, y los otros sufrieron una larga



—Esto es todo. Pero les debo una explicación. Ustedes me preguntarán, ciertamente, por qué razones yo relato esta historia así, abiertamente, en un círculo. Primero, porque deseo que se sepa que Micaela es del todo ajena a mis culpas. Ahora, la princesa planta batatas y zanahorias, y mi aventura ha terminado. Ha sido, sin embargo, una bella aventura...

condena. Y causó entonces mucha sensación la noticia de que D'Apreal no era un hombre, sino una mujer, casi una chucuela y, para peor, dotada de una belleza excepcional. Se logró saber también que, después del anuncio de la policía, los tres cómplices se habían reunido y habían jurado solemnemente que aquel de los tres que denunciara a los otros sería muerto por mano de los otros dos. Afortunadamente, Livet murió poco antes que los otros dos salieran de la cárcel. Digo afortunadamente, porque de otra manera habríamos tenido un crimen más. De La Hire no se ha sabido más nada; no así de la muchacha, que en la cárcel había completado su desarrollo y había crecido llena de belleza; bajo falsos nombres, ella retomó su criminal actividad. El último robo ha sido cometido en Budapest. Ahora se oculta bajo el nombre de duquesa de Monthéry... Y yo le ruego, princesa, si se le ofrece la ocasión, que me ayude a arrestar a esta aventurera.

»Tomando el sombrero y los guantes, Dupontel agregó:

—Si tiene noticias del príncipe, me telefona pronto a este número.

»Y anotó un número en una tarjeta de visita.

»Dos horas después, Micaela recibía un telegrama que decía: «A las nueve encuéntrese en la terraza del Café des Anglais.» El telegrama no estaba firmado.»

Pareció que la voz estuviese por faltarle al príncipe; hizo una larga pausa y miró en torno suyo. Vió el rostro descarnado del camarero, siempre reclinado hacia adelante detrás de la columna, y le pidió:

—Un vaso de agua, por favor.

Cuando se lo trajo, bebió a pequeños sorbos, mirando ora la orla dorada del cristal, ora al hombre que se había dormido con el *Petit Journal* en la mano. Luego tomó el tercer cigarro, aspiró voluptuosamente las primeras bocanadas y prosiguió:

—Mi historia está por terminar. Había mandado yo mismo aquel telegrama a Micaela. Ella tuvo la intuición de esto o, al menos, esperaba el telegrama. A las nueve en punto, ella apareció en el Café des Anglais y se sentó a mi mesa. Venía sola y traía cubierto el rostro con un ligero velo. Apenas sentada, me pregunta:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me has mandado ese telegrama? Tú no puedes abandonarme, ¿no es verdad?...

»Con una mirada febril, agrega:

—Por el amor de Dios, no me dejes en esta cruel incertidumbre...

»En aquel momento, la orquesta ejecutaba una barcarola. Yo me aproximé e, inclinándome un poco, le dije:

—No es cosa gentil de mi parte el haberte hecho venir hasta aquí, pero deseaba verte una vez más aún. La última. Yo te amo, Micaela. Tal vez hayamos obrado mal, pero yo te amo sinceramente. No te he traicionado. De esto, al menos, soy inocente. Tengo graves razones para dejarte. Pero cuéntame tú, asimismo, lo que has hecho.

»Y ella me contó todas las cosas: su viaje, su visita al primer marido, las revelaciones de Dupontel. Un relato muy dramático que me conmovió profundamente.

—Y tú—le pregunté—, ¿crees en lo que te ha contado Dupontel?

—¿Es verdad?—preguntó ella a su vez.

—Sí, pero con una pequeña diferencia. Dupontel te ha dicho que Livet ha muerto. En cambio, Livet vive. Yo soy Livet.

»Vi que le temblaban los labios, pero no pude oír lo que dijo. En aquel momento había aparecido en el escenario una

de aquellas cancionistas que cantan con voz alta de soprano canciones que atraen al público.

»Yo proseguí:

—Livet es mi verdadero nombre. Y es cierto también que La Hire vive y quiere matarme. Llámame aventurero, o como te parezca. Lo cierto es que en la vida he hecho fortuna y la he perdido por lo menos diez veces. En los años felices de nuestras relaciones, tú no has sospechado nada; pero de hoy en adelante, han terminado las mentiras. ¿La cárcel? Eso es todo. Y ahora, Micaela, te ruego que te vayas, que desaparezcas. De otra manera, podrían caer sospechas también bre ti, que eres completamente inocente. Tú bien sabes dónde debes ir: has estado allí hace pocas horas. Debes desaparecer de nuevo en aquella obscuridad, de la cual yo te substraigo durante algún tiempo. Hoy, ¡ay de mí!, me arrepiento de haberte traído a París. Pero yo no creía que esto iba a terminar así. La duquesa de Monthéry ha venido a París y me ha reconocido enseguida. ¿Quiere matarme? No creo, porque en otros tiempos me amaba, y aun hoy me ama con el apasionamiento de una tigre. Pero yo te amo a ti. Todo en mí es falso, mi vida toda, menos mi amor por ti. Estoy seguro que Dupontel ya ha descubierto a Livet en el príncipe Villarsky. El va a querer utilizarme como reclamo para mí, si es que ya no lo ha hecho.

—Ya lo ha hecho—dice Micaela—. Yo no quería decírtelo, porque... porque...

—¿El sabe, entonces, que ya estoy aquí?

—Yo sospechaba algo, y le he dicho las diez, en lugar de las nueve.

»Miré el reloj. Tenía aún diez minutos.

—¡Vete! ¡Vete, por amor de Dios!—imploró Micaela.

»Encendí un cigarro.

—¡Hasta la vista, amor!

»Y le besé la mano. Su brazo temblaba. Parecía que iba a desvanecerse. Me alejé rápidamente, pero sentía sobre mí las miradas de Micaela.

—Esto es todo. Pero les debo una explicación. Ustedes me preguntarán, ciertamente, por qué razones yo relato esta historia así, abiertamente, en un círculo. Primero, porque deseo que se sepa que Micaela es del todo ajena a mis culpas. Ahora, la princesa planta batatas y zanahorias, y mi aventura ha terminado. Ha sido, sin embargo, una bella aventura...

El príncipe sonrió con aire irónico.

—Y ahora veamos la segunda razón. Amigos míos, el camarero de este club, que ha estado detrás de la columna escuchando mi relato, no es otro que Jorge Dupontel, a cuyas manos yo me entrego de toda voluntad. Y aquel señor que lee el *Petit Journal* no es otro que La Hire.

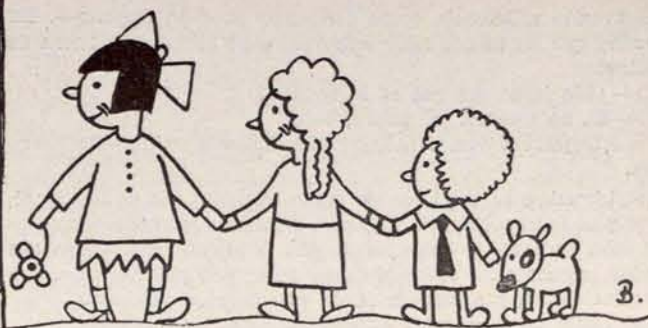
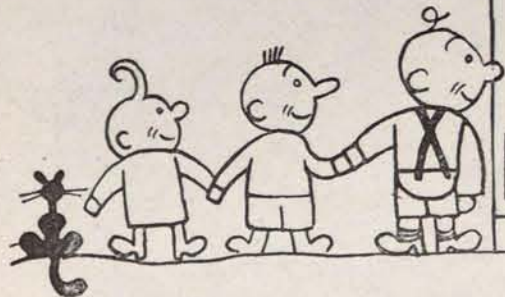
Los circunstantes se pusieron en pie. La Hire, el primero entre todos. Una pistola le brillaba en la mano; pero Dupontel, con un movimiento agilísimo, le dió un golpe en el brazo, y el arma fué a dar en el asiento de la chimenea de la sala. Un minuto después las esposas oprimían las muñecas de La Hire.

Dupontel se dirigió enseguida a Livet.

—Queda usted detenido—dijo.

—Y yo no puedo hacer otra cosa que agradecersele—sonrió Livet, arrojando el cigarro entre las brasas de la chimenea.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



NIÑOS DE ESPAÑA



Fernando Moisés

Dibujo de famoso pintor español Julio Moisés.

¡Qué linda es la Libertad!

Por TRADER HORN

No hace mucho tiempo que, de un transporte de animales que venía de Australia para un jardín zoológico de Inglaterra, uno de ellos que era un canguro, se escapó mientras le llevaban a su jaula.

Salió corriendo, tanto como le era posible, hasta que desapareció de los ojos del guardián que había tratado de llevarle a su celda. Después de algunas horas de búsqueda, le encontraron, cansado de tanto correr, en una calle bastante alejada del sitio de donde había partido, pudiendo llevarle luego, con facilidad, de vuelta a su jaula.

Los dos osos polares, «Sam» y «Bárbara», del zoológico de Londres, dieron una mañana de neblina mucho trabajo para capturarlos. La puerta de su jaula estaba cerrada por un fuerte candado de hierro, pero a pesar de ello consiguieron abrirla, rompiendo el candado.

A «Sam» fué fácil capturarlo otra vez. Un carpintero que pasaba por el lugar, vio a «Sam» que estaba parado fuera de ella, mirando a la jaula vacía. El carpintero, que llevaba sobre las espaldas una tabla de madera, se asustó tanto, que dejó caer ésta. El oso se asustó al oír el ruido que hizo la tabla al caer y entró inmediatamente en su jaula.

La cosa era agarrar a «Bárbara». Unos veinte guardianes se reunieron para capturarla; pero «Bárbara», al ver a los hombres que venían, quiso atacar a uno de ellos, el cual salió corriendo, refugiándose en la jaula de los camellos. No era posible agarrarla, hasta que uno de los hombres tuvo el coraje de acercarse al animal y tirarle pimienta a los ojos. El animal se quedó por un momento abobado, lo cual fué aprovechado para atarlo con una fuerte cuerda y arrastrarlo hasta su jaula.

Mucho trabajo tienen los guardianes de los jardines zoológicos de Inglaterra cuando se aproxima el invierno, o, viceversa, el verano, y los animales son transportados de una jaula a otra.

Se había resuelto transportar a dos rinocerontes a una jaula de invierno. Los guardianes acordaron, la noche anterior, encontrarse a las seis de la mañana siguiente. A la hora convenida, todo estaba listo. Uno de los rinocerontes llevaba en el pescuezo un fuerte collar de cuero, mientras que el otro tenía una fuerte soga alrededor del cogote. A estos collares fueron atadas gruesas sogas. Para cada animal se tomaron doce hombres, y dos quedaron para abrir y cerrar las puertas de las jaulas, mientras que a otro hombre le ataron sobre las espaldas un montón de pasto, creyendo que los animales, que estaban hambrientos, lo seguirían. Cuando las sogas estuvieron sujetadas a los collares, y la puerta de la jaula abierta, los animales fueron conducidos afuera. Estos, al ver a tantos hombres, se asustaron, dando vueltas y enredándose las sogas entre las patas. Sabiendo el peligro que corrían ellos cuando los animales se ponían furiosos, los hombres dejaron caer las sogas. Entonces uno de los guardianes, para tranquilizar a los animales, tomó un pan, que le habían traído expresamente, y comenzó a darles de comer. Los animales empezaron a seguir al guardián, atraídos por el pan, pudiendo llevarlos, de esta manera, hasta la puerta de la otra jaula. Esta ya estaba abierta, y los animales entraron, sin hacer ningún

daño, en su nueva vivienda. El hombre subió enseguida por encima de las rejas, colocándose fuera de peligro.

Una curiosa historia se cuenta de un elefante que se escapó de su jaula en Alemania. Era un elefante africano, de una altura de tres metros, que lo debían transportar de Hamburgo a Dresden.

Fuó pedido un vagón especial, y, cuando todo estaba listo, el propietario lo llevó desde su establo a la estación. Durante el camino el animal estuvo completamente tranquilo, pero al llegar a la estación pasó un tren, que silbó tan fuerte, que el elefante se asustó mucho y comenzó a correr, rompiéndose una puerta que había cerca de la estación y corriendo por las calles de Hamburgo, provocando un gran desorden, hasta que llegó a su establo, en el cual entró, poniéndose a comer pasto como si nada hubiese pasado.

El señor Bubilicón

Cuando en el pueblo de los ánades se supo la noticia de la boda, todas las viejas aturdieron a gritos a la anadina:

—¡Qué suerte! ¡Casarse con el sabio de la tribu! ¿Pero tú sabes quién es el señor Bubilicón?

La pobrecita Bibi estaba avergonzada de su atrevimiento. —Sí, sí. Ya sé que es un sábio; pero él nunca me habla de lo mucho que sabe... ¡Me quiere tanto!, y... ¡es tan guapo!

Las comadres se sentaron para reirse mejor.

—¡Ja, ja, ja! ¡Mira en lo que se ha ido a fijar la mocosa! ¡Guapo! ¡Dice que es guapo! ¡Ja, ja, ja!

—Pues sí, que es muy guapo...

—¡Calla, calla! ¡Tiene unos ojos saltones como los cangrejos! Claro que es de tanto estudiar. ¡El sabe los nombres de todos los lagartos, conoce el color de las flores, y ahora está averiguando quién ha puesto salada el agua del mar!...

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Hija, como servir, no sirve para nada...; pero los sabios siempre han pasado el rato en esas cosas.

Llegaron las bodas, y todos los ánades sabios del mundo fueron invitados.

Por cierto que Bibi no pudo hablar con su esposo en todo el día... Los sabios, sentados alrededor de una piedra, hablaban todos a un tiempo.

—Nos hemos repartido el cielo—decían—; a usted, señor Bubilicón, le corresponde el Noroeste, y debe partir enseguida.

Bibi intervino, aterrada:

—Mi marido no se irá de casa... ¿Están ustedes locos? Tiene que ayudarme a traer palos y pajas para el nido.

NIÑOS DE ESPAÑA



Angel Estrada López

—Tranquílcese, señora, y tenga en cuenta que se ha casado con un sabio.

—¿Pero tú no te irás, marido mío?

—Sí, hija, sí; me iré. Ya has oído a mis compañeros. Nos hemos repartido el cielo y me toca el Noroeste.

—¿Y qué tienes que hacer en el cielo?

Los sabios la miraron compasivos. ¡Pobre criatura, qué ignorante era!

—En el cielo, nada, querida Bibi, porque no es al cielo donde tengo que ir, sino a un país sin nubes donde pueda contar las estrellas del Noroeste.

—Bueno, pues iremos juntos.

—No, hija; eso no puede ser. Iré muy lejos, correré muchos peligros, volaré muchos días y muchas noches, pasaré hambre y no podré ocuparme de ti...

NIÑOS DE ESPAÑA



Julio Moisés

Dibujo del famoso pintor español Julio Moisés.

—¿Y todo eso para contar las estrellas?

—Justo, para contar las estrellas y conocer los misterios de la Naturaleza...

—¡Dios mío, qué desgraciada soy!—gimió Bibi.

Los sabios reflexionaron gravemente en la inferioridad de las hembras, mientras las plumas se les ahuecan del orgullo de ser varones y sabios... Sin embargo, el señor Bubilicón, que era bueno y quería mucho a Bibi, pasó con ella unos días, dándole sabios consejos, mientras la pobre trajinaba en el arreglo del nido.

Hasta que una mañana, después de alisarse las plumas y limpiarse las calzas coloradas, se despidió:

—¡Adiós, querida! Cuidate y no hagas tonterías en mi ausencia...

La esposa gritó con todas sus fuerzas y hasta quiso sujetarle, tirándole de las plumas con el pico, pero el señor Bubilicón abrió las alas, que eran inmensas, y se marchó camino del país sin nubes a contar las estrellas.

Pasaron muchos días, y la señora Bibi, que había puesto dos huevos, espléndidos y blancos, se pasaba el día abrigándolos con el cuerpo, dándoles vuelta para que recibieran el calor por todas partes, y arrancándose la pluma suave del pecho para tapizar el nido y hacerlo confortable.

Hasta que oyó piar dentro de los huevos. Unos picos afilados rompieron el cascarón y salieron de él unos polluelos, mojados y desnudos.

Ya no pudo descansar un instante. Tenía que secarlos, limpiarlos, darles calor y traerles de comer. La pobre señora no podía atender a todo. En los otros nidos había un padre y una madre; en el suyo era ella sola...

Mientras hacía una papilla con ancas de rana para los pequeños, ellos chillaban desesperados porque tenían frío. Entonces lo dejaba todo y corría para abrazarlos con las alas y apretarlos contra las plumas de su pecho, que eran mullidas y calientes.

—¿Habrá acabado vuestro padre de contar las estrellas?

Los polluelos, sin frío y bien alimentados, crecían tanto, que ya eran casi como su madre.

Una mañana llegó el señor Bubilicón de la tierra sin nubes.

—¿Has hecho muchas tonterías en mi ausencia, querida Bibi? Yo he contado hasta dos millones de estrellas; pero me puse enfermo y no pude continuar... Tal vez me olvidé de comer... Pero ¿quiénes son estos dos grandullones que están contigo?

—Los hijos del sabio Bubilicón—dijo Bibi.

—¿Mis hijos? ¡Es extraordinario! ¿De dónde los has sacado?

—Salieron ellos solos de los huevos del nido.

—¡Es maravilloso! Debí quedarme en casa para verlo... Pero no me explico que, habiendo presenciado el milagro, no estés en adoración delante de ellos.

—No he tenido tiempo... Tenía que abrigarlos y darlos de comer para que no se murieran. ¡No he podido mirar una sola vez a las estrellas!

Y la señora Bibi, contoneándose dignamente, pasó por delante de su esposo, diciendo:

—Cuida un rato de los chicos, sabio esposo, que me voy al baño.

El señor Bubilicón consideró que su esposa había cambiado bastante en su ausencia, y hasta le parecía notar que le había perdido el respeto...



Noche de gala, con invitados de honor, grandes terratenientes y damas de la ciudad...

LOS ANTEPASADOS

NOVELA CORTA POR

ROBERTO MOLINA

I

Contemplando a Marianito Mosela a la hora de la comida, sentado al lado de Lena, su prometida, ¿hubiera pensado nadie, ni él mismo, la tremenda barbaridad o, más bien, locura o disparate que había de cometer horas después? Marianito Mosela—veintidós años, mediana fortuna, brillantísimo doctorado en Derecho e hijo del celeberrimo don Mariano, el difunto político famoso y poderoso—, Marianito Mosela era este figurín almidonado y listo que iba a heredar el acta de diputado de su padre, su prestigio y además—según decían—el poderoso talismán a que se atribuyeron los rotundos éxitos, tanto forenses como políticos, del varias veces presidente del Consejo.

Lo del talismán podía tomarse a risa; pero los hechos poseían una seriedad suficiente. Aquella tarde había llegado a la provincia que su padre representara en Cortes treinta años. Nadie dudaba que Marianito sería el sucesor del excelentísimo señor don Mariano; pero convenía preparar el ambiente. El "figurín" daría en el provinciano Círculo Mercantil una conferencia, que iba a ser una revelación. Marianito valía más que su padre, en opinión del grupo de incondicionales. Estos repartíanse los cuidados de no dejarle solo nunca, hacer una gacetilla oportuna, dar una llamada telefónica a tiempo, ocuparse de que los fotógrafos estén, por casualidad, donde hagan falta y reír las agudezas de Marianito. Por otra parte, su mamá, la excelentísima señora viuda, habíase preocupado de aprovechar bien el viaje. Por su iniciativa, la mamá y el chico se hospedarían en casa del opulento don Abdón, amigo político y particular de don Mariano, amigo antiguo y devoto. La excelentísima señora había pensado en Lena, coincidiendo dichosamente con don Abdón y su esposa, que deseaban también ver realizado este enlace. Parece ser que en la primera entrevista los chicos se gustaron. La excelentísima señora y doña Luisa se miraban de un modo elocuente, y cada una creía estar más contenta que la otra. La excelentísima señora pensaba en los millones de Lena, y doña Luisa en el renombre del difunto. Lena, a su vez, tuvo una idea inocente: la de cómo redactaría las tarjetas de invitación cuando Marianito fuese ministro. Esto lo pensó un momento, sólo el momento de ver que su probable novio valía más en la realidad que en el retrato. Porque hasta entonces no había reparado bien.

—Tu conferencia, Marianito, ha despertado un interés enorme. Ya puedes madrugar mañana, si has de complacer a los periodistas y fotógrafos locales. Felizmente, esta noche te los he espantado, pero mañana no te libras.

Lena se esponjaba de vanidad. Su prometido empezaba la vida entre aplausos, preguntas de los periodistas y fogonazos de magnesio. Miraba a la excelentísima señora, su futura suegra, y la imitaba instintivamente, sin saberlo. Era como una anticipación de

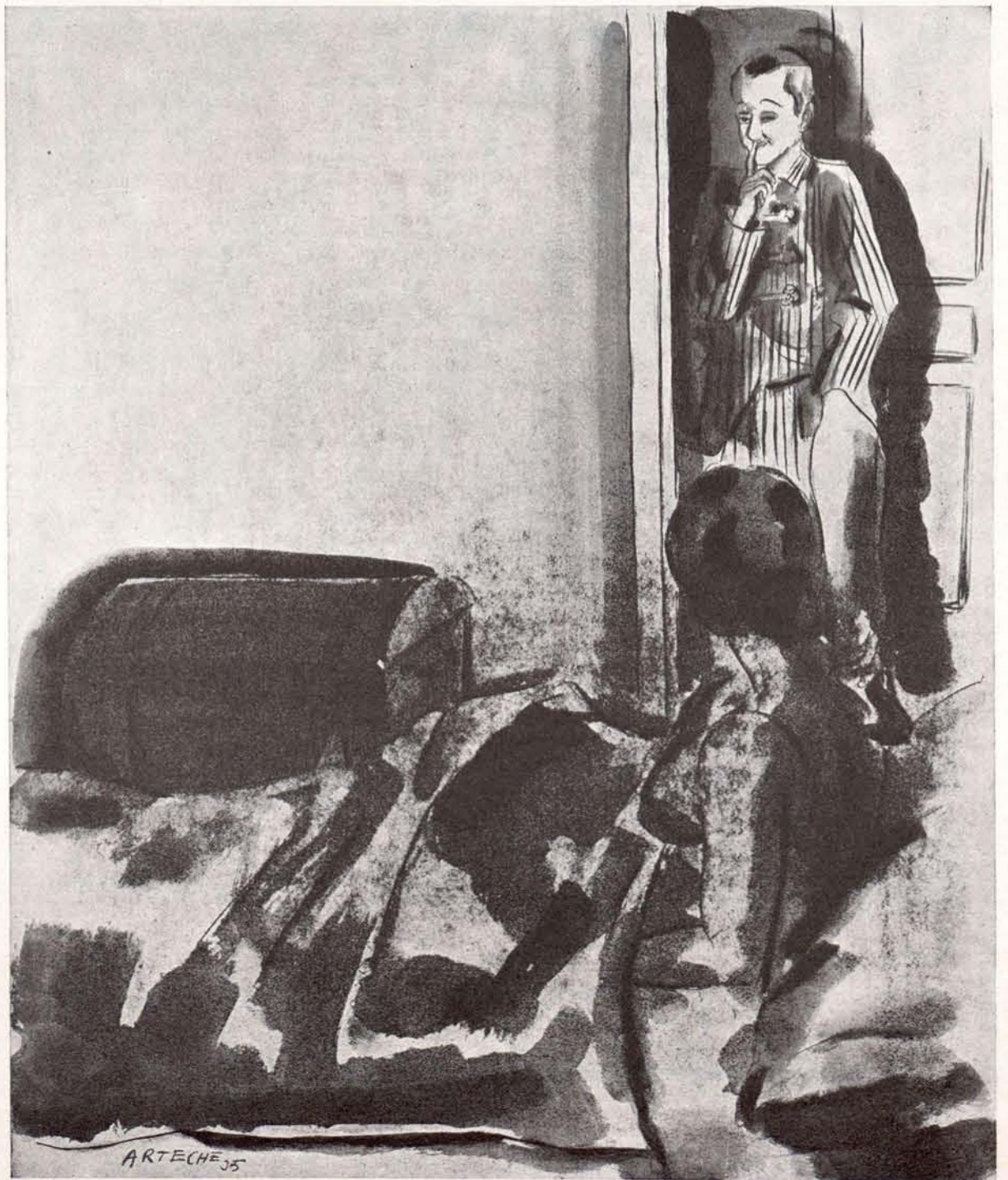
realidades invisibles: la imagen de una escena futura disparada con el pensamiento hacia el panorama doméstico aún no creado, y que ella veía ya en sueños. Lo veía en los intervalos de uno y otro plato, entre un sí y una sonrisa, olvidándose ambos de probar nada.

—¡Estos chicos!—murmuraba el padre.

Doña Luisa, verdaderamente feliz, hubiera abrazado a su excelentísima amiga. El salón resplandecía de luces y cristales. Noche de gala, con invitados de honor, grandes terratenientes y damas de la ciudad, sin faltar el presidente de la Audiencia, el señor gobernador y su

ILUSTRACIONES
DE
ARTECHE

Pero la Maritornes poseía defensas temibles que la salvaguardaban.



ilustrísima. La excelentísima señora recibía el homenaje de todos.

II

Marianito se desnudaba. Había hojeado los apuntes de su discurso y estaba contento. Le satisfacía también su éxito con Lena, y, sin embargo, no pensaba demasiado en ella. Más bien tuvo un recuerdo para su última amiguita, aquella que en este momento deseaba él poder transportar por los aires hasta su alcoba.

—¡Ay, Pitusa, Pitusa! Si supieras que me voy a casar...

El silencio dominaba el enorme inmueble con honores de palacio. La excelentísima señora, desvelada, se removía en la cama, suspirando.

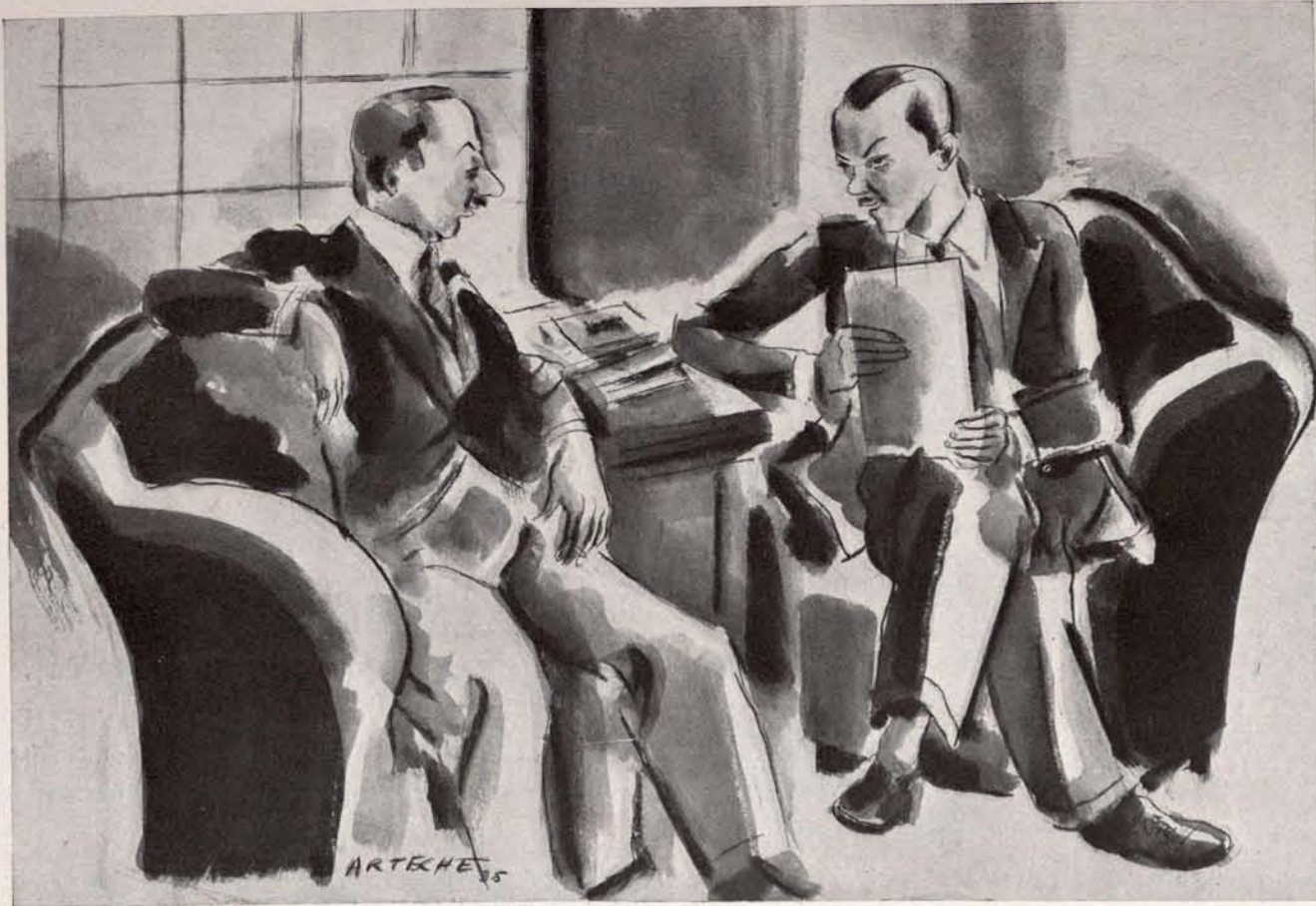
—¡Mi hijo! Con esta boda acaban mis cuidados. ¡Si su padre viviese!

Estas cavilaciones, con todo su rosado color de felicidad, no la aquietaban ni atraían el sueño. Tal vez un presentimiento la angustiaba. Se sentía como la tarde, ya lejana, del atentado anarquista al señor presidente, su esposo.

—¿Qué tendré yo, que no puedo dormir? Con lo contenta que debería estar...

De pronto resonó un chillido agudo y penetrante. La excelentísima señora encendió la luz y se sentó en la cama. El chillido se multiplicaba, y el silencio se hizo pedazos, como un vidrio apedreado.

Pero vayamos antes en busca de Marianito, que continuaba tendido, abiertos los ojos, pensando en la Pitusa, la madrileña amiguita, tan distante. Marianito, como Salomón, no había negado nunca a sus ojos cuanto desearon. Su posición social era una fuerza que abatió a veces murallas poderosas. Era un chico de suerte, poseedor del talismán irresistible. Y esta noche le bailaba, juguetón, un pensamiento audaz. No diré audacísimo, porque no era para su novia este pensamiento. El presunto diputado retenía una imagen que en este momento de silencio y obscuridad se amplificaba. Era una imagen de trazos firmes, acaso groseros. Nada de elegancias, de visiones luminosas, de evocaciones perfumadas, de figuras estilizadas y bellas. La muchacha que en este momento invadía e inundaba toda la frente de Marianito tampoco era Pitusa. Era—¡oh, tristeza!—una de las varias maritornes que poblaban el palacio de don Abdón; una criada robusta, de poderosos brazos, que por la tarde, a la llegada, había levantado fácilmente una de las voluminosas maletas del equipaje. La muchacha, al agacharse para agarrar su presa, describía en el arco de parábola,



Marianito Mosela dejó hablar a su amigo y alineaba por fechas los retratos.

desde los pies a las manos, varias curvas adyacentes, de complicada definición geométrica. El momento de este simple ejercicio grabó su imagen sexual en la retina de Marianito. Y ahora se plasmaba, cristalizaba con firmeza, provocando en él impulsos temerarios.

El jovencito se incorporaba en la cama, se sonreía, poníase luego muy serio y volvía a dejarse caer pesadamente, acusando en los engranajes metálicos del somier una leve vibración quejumbrosa. Pasados unos dos minutos, volvía a incorporarse para abatirse nuevamente. Su sentido crítico poníale gesto feroz y le echaba un discurso de circunstancias. "¿Pero tú sabes lo que estás pensando? ¿Y si la muchacha se niega, se resiste o, simplemente, se asusta? El escándalo va a destruir en un minuto tu porvenir con Lena, tu gran suerte con la hija de don Abdón y tu reputación moral en este país de etiqueteros mojigatos. Por un simple capricho echas a rodar todo un porvenir, que sin esfuerzo te ofrendan en bandeja de oro las circunstancias, las excelentísimas señoras circunstancias."

Después de este discurso, Marianito provocaba el gemido del somier, echándose de espaldas, asustado. Pero un minuto más tarde, el traidor olvido lo echaba todo a rodar.

Marianito conocía la topografía de la casa. Sabía él que después del largo pasillo empezaban los dormitorios de las criadas y hasta creía no equivocarse en el de aquella cuya imagen le había embriagado. La servidumbre masculina de la casa pernoctaba en otro cuerpo del edificio. Esto se lo sabía bien el desvelado, que poseía un talento especial para orientarse, lo mismo en el laberinto de una ciudad desconocida que en el seno oscuro de un bosque milenario o en la red de puertecitas, pasillos y escaleras de un gran hotel. En la primera y rápida visita al palacio aquella tarde se apoderó del plano, digámoslo así; se enteró bien de la disposición interna del mismo, construido en los finales del siglo XVII, y cuya fachada oriental era conocida de todos los lectores de las revistas de arte.

Cuando Marianito abrió sigilosamente la puerta de su cuarto, había dejado de ser él.

—Hago un disparate—se decía—, pero saldré bien del paso, como siempre.

Recordaba algunos actos censurables, bochornosos, que en ocasiones le pusieron en el peligro peor, que es el ridículo. Unas veces por apoderarse de objetos que no le pertenecían ni precisamente le interesaban mucho. Analizaba él después el "caso", y se ponía nervioso y furioso consigo mismo. Pero luego, pasadas unas horas o unos minutos, aquella su disposición natural para olvidar, le salvaba. El olvido permitíale repetir el hecho—éste u otro—a pesar de la honestidad originaria y la severidad acusatoria de su escrupulosa conciencia.

—¿Pero quién soy yo?—se decía, con horror.

También—justo es consignarlo—había en la breve e intensa historia de su vida páginas honorables, gestos nobilísimos que le honraban extraordinariamente.

Pero esta noche se hallaba desamparado de sí mismo, e iba a realizar el acto más estúpido, el disparate más necio, la osadía sin ejemplo.

En el pasillo, un silencio de luces apagadas le envolvía y le hacía crujir sus pies al pisar; sus pies, en za-

patillas, que tropezaban acusando una rara torpeza. Marianito se detuvo un poco e hizo memoria. Pareciéndole que recobraba el tino, avanzó. Sería lógico que temiera un encuentro con alguien de la servidumbre, pero no pensaba en ello. Tenía demasiada vanidad, demasiada seguridad en su éxito para retroceder. Seguía su ruta, orientándose hacia una puerta que esperaba franquear sin protesta. Se olvidaba de sí mismo y del obligado respeto a la casa donde estaba. Llegó pronto al cuarto y empujó suavemente la puerta. Jamás se cerraban de noche los dormitorios de la servidumbre en una casa que era la decencia, la confianza, la seguridad, la honestidad más pura. Marianito pudo entrar fácilmente, y nada más que entrar, porque al oírlo, dijo una voz:

—¿Eres tú, Juana?

La preguntona, ante el silencio, encendió la luz. Y el temerario visitante, al ver el gesto de extrañeza y de susto, de aspereza, de protesta, de incredulidad y de ira, en vez de retroceder, no retrocedió. Hizo lo contrario de retroceder. Pero la Maritornes poseía defensas temibles que la salvaguardaban. Fué la indignación quien disparó los gritos, la cólera por el atrevimiento incalificable. Los gritos, tocando alarma, hicieron funcionar las baterías artilleras de otros gritos vecinos; las voces de la Juana, los gemidos de la Pepa, el escándalo de la Justa y de todas las sobresaltadas muchachas que acudieron.

III

Como era la hora del primer sueño, nadie aquella noche había caído en el primer sueño. Lena dibujaba en la sombra de su cuarto una sonrisa de vanidad halagada. Doña Luisa y don Abdón tampoco podían hundirse en el reposo con la ordinaria pesadez de plomo. La llegada de Mariano, los preparativos electorales, el ajetreo que había originado la anunciada conferencia y la atracción mutua que entre los chicos creyeron ver todos, no poseían precisamente virtud somnifera. Doña Luisa, en voz baja, comentaba y saboreaba la noticia de los iniciados amores con el mismo gusto que si de ella misma se tratase. Y, finalmente, la excelentísima señora gozaba uno de los más felices momentos de su vida, a causa de aquello que a todos desvelaba. El silencio se fundía maravillosamente con las tinieblas en un palacio donde, pasadas las doce, no se permitía a nadie permanecer fuera del lecho.

Así, el grito de la sorprendida Maritornes resonó con el estruendo mismo que resonara un cañonazo. Mas no se libertaban del espanto y de la sorpresa, cuando ya la voz inicial se duplicaba y se multiplicaba, formando un alborotado coro de gritos. Gritos lanzados más bien por contagio, puesto que, a excepción de la interesada y de su vecina inmediata, el resto de la servidumbre no había tenido tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Aun así, a pesar de este estruendo, si Marianito no hubiese perdido enteramente la cabeza, el peligro se conjurara. Eran demasiados los intereses de toda índole que coincidían en el deseo de silenciar la verdad, y hubiérase frustrado la catástrofe. Pero el novel político no tenía costumbre de verse rechazado, ni mucho menos rechazado con el bofetón más cómicamente sonoro de que hay memoria en todo el nutrido repertorio de sainetes bufos. Y pretendió que donde el amor

no tenía virtud, obrase la fuerza, cosa que iba a rematar y colmar el fracaso, porque la fuerza era precisamente el argumento más positivo que defendía a la rústica y encolerizada criatura. El cual argumento tuvo energía para coger a Marianito por los hombros, alzarlo dos palmos del suelo y, colgando los pies fuera del pijama, como un pelele, arrojarlo en medio del pasillo en el momento en que la servidumbre toda y los señores, y hasta la inocente Lena, acudían presurosos y espantados. Marianito se escabulló como pudo, y se encerró en su cuarto. Al estupor inicial sucedió una innarrable escena. Tanto doña Luisa como Lena, a quienes no se les había ocultado la verdad, cayeron en el recurso dramático de un ataque de nervios. Y era lo grave que don Abdón se oponía a que telefonaran al médico, por los motivos que se comprenden. Como la botaratada de su presunto yerno podía trascender y dar al traste con tanto castillo de naipes recién levantado, deseaba cubrir el hecho con una gruesa capa de silencio, y entre éste y la noche obrarían el milagro de convertir en sueño o pesadilla lo que no podía dejar de ser una verdad tan grande como una cordillera.

Marianito se vistió y esperó a que amaneciese para irse al Hotel París, donde se hospedaba su pandilla de amigos. Don Abdón dudaba cómo comportarse con el chico, y se hacía un verdadero lío, del cual le sacó la sagacidad de la excelentísima señora, que le dijo:

—Lo ocurrido no se comprende, si no es aceptando que la muchacha lo ha comprometido. Esto es más claro que la luz.

—Exacto—respondió el acaudalado personaje— Exactísimo; y en cuanto amanezca, será puesta en la calle, no sé si de pies o de cabeza.

Restablecida doña Luisa, fué de la misma opinión, y diéronse órdenes severísimas a toda la servidumbre, órdenes de silencio absoluto. Sólo disenta de ellos una de las víctimas: la pobre Lena, que desde este momento rehusaba toda posibilidad de arreglo con su novio. El resto de la noche transcurrió entre comentarios, suspiros y lágrimas. A la mañana siguiente, había desaparecido Marianito y arrojaban de casa a la criada culpable. La despedían por la inaudita desvergüenza de haber pretendido entrar, de noche, en el dormitorio del joven político, contra su soberana voluntad.

IV

La orden de silencio fué cumplida con más escrupulosidad que era de esperar en una servidumbre toda femenina. La presencia de Marianito en el hotel no fué notada a hora tan temprana. Luego, en un café céntrico se estableció la tertulia, y allí irrumpieron el batallón de fotógrafos y periodistas. El señorito Mosela tuvo el cuidado de no contar nada de lo ocurrido a ninguno de sus amigos, ni al más íntimo. Este, que era Justo Noguerras, abogado pobre y con aspiraciones, recibió un recado de la excelentísima señora rogándole fuera a verla. Marianito no aparentó la menor extrañeza, y Justo fué al palacio de don Abdón. Tampoco había de advertir en él nada de particular. Lena había-se quedado en el lecho, indisputada; pero no era ésta una noticia que interesara al joven, cuya presencia se requería. La excelentísima señora recibió a Justo, sin descubrirle tampoco el escándalo nocturno. Hablaba vagamente, en acecho de las respuestas de Justo, y deducir por ellas el pensamiento y propósitos de su hijo. Comprendió enseguida la ignorancia en que estaba el recién llegado, y dedujo un diagnóstico menos grave de lo que ella supusiera. Se habló del éxito, seguro, de Marianito aquella tarde, y don Abdón, que entró después, dijo que el Círculo Mercantil deseaba dar una comida al conferenciante antes de su discurso. Todo, al parecer, se iba zurciendo y recosiendo de modo que no se advirtieran las rasgaduras. Lo del banquete había sido idea de doña Luisa, para poner una zona de tiempo más ancha entre la salida y regreso del joven calavera a la casa. Después, entre ella y la excelentísima señora convencieron a la inconsolable y ofendida hija.

Transcurría la mañana sin contratiempo, cuando presentóse en el café un jayán pretendiendo hablar a solas con el señorito forastero, que conversaba rodeado de veinte o treinta personajillos locales. Estorbáranlo estos señores; pero la resolución y las voces del campesino no eran para inadvertidas ni por el sordo más sordo. Marianito se adelantó, habló con el colérico mozo y le tranquilizó de modo que se callara y quedasen todos los distanciados contertulios un tanto estupefactos. Llamado con urgencia don Abdón, oyó de labios del señorito Mosela estas palabras:

—Es absolutamente indispensable la reintegración a la servidumbre de su casa de usted de la criada a quien he intentado atropellar esta noche. Hay que reintegrarla y darle todo género de satisfacciones. Hay, además, que indemnizar a la familia del posible daño, si la noticia trasciende. Esta indemnización es por mi

cuenta, y le ruego entregue este cheque, como regalo de ustedes, a la madre o al hermano, con quien acabo de hablar. Y si todo esto no se hace inmediatamente, tomo mi coche y me marcho enseguida. Ni comida, ni conferencia, ni aspiraciones políticas de ninguna clase en este país. Es mi última palabra, y es el castigo que me impongo por mi canallada.

Don Abdón conoció que era imposible toda discusión y obedeció en el acto. La conferencia fué un triunfo enorme, y Marianito, al terminar, sin que lo pudieran evitar ni advertir siquiera ninguno de los amigos más íntimos o más próximos, escapó en su coche con rumbo desconocido.

V

Justo Noguerras fué el primero en dar con él en la finca que poseía cerca de Guadalajara. Mariano condujo a Justo a una salita que había sido muchas veces refugio de su padre cuando quería aislarse para trabajar con reposo. Unos troncos ardían en la chimenea. La lluvia goteaba en las vidrieras del cuarto, y Marianito alineaba sobre una mesa unos retratos antiguos. Noguerras, impaciente, le abordó:

—¿Me quieres contar de una vez qué te pasa? Has huído sin decir adiós, sin despedirte de nadie, ni de Iena ni de tu propia madre. Si supieras cómo está la pobre... Ella me ha sugerido la idea de que te buscara aquí. Ella me ha contado también tu hombrada de la otra noche, y por cierto que me ha sorprendido que no me dijeras una palabra. ¿No soy ya el de siempre, o no lo eres tú?

Marianito Mosela dejó hablar a su amigo, y alineaba por fechas los retratos. Luego dijo:

—Mi padre tenía el culto de los antepasados. Guardaba daguerrotipos de alguno de sus tatarabuelos y se procuró también retratos de sus bisabuelos y de todos los ascendientes posibles de la familia de mamá. Si no hay error en las investigaciones que practicó, resulta que, según este libro, escrito por la propia mano de mi padre, uno de mis tatarabuelos fué navegante. No creas que hablo de un posible émulo de Elcano o de Colón. Es más modesto: era un marinero de un barco de cabotaje. Parece que es este buen sujeto que ves aquí, con sus gruesas patillas. La esposa de tan buena pieza es esta dama de robustos refajos y brazos desnudos. Entre paréntesis, te digo que hay la sospecha de que mi tatarabuelo pasara en presidio una temporada.

Noguerras se impacientaba; pero su amigo le contó, diciendo:

—Espera un poco. Los comentarios, después. Aquí tenemos, por la rama de mamá, este caballero de ojos astutos: es mi bisabuelo. Parece que era manchego y se avecindó más tarde en la provincia de Toledo. Hay



barruntos de que se dedicara a transportar heno en una boriquilla, y creo que se casó con una muchacha de servicio, que es ésta, mi otra bisabuela: esta damita boba. Mírala, y dime qué te parece.

—¿Te lo digo de veras?—exclamó Noguerras, molesto.

—Claro que sí, hombre. Pero mejor es que aguardes un poco. Vamos con mis bisabuelos paternos. Estos se encuentran más cerca. A uno lo he conocido vagamente en sus últimos tiempos. Helo aquí. Retratado con un puro enorme, signo de vanidad. Aunque mi padre nada ha escrito de él en su libro, yo he sabido que los primeros cuartos los ganó en el contrabando. He sabido también que se encaprichó tercamente de una bailarina de café, y de esta unión vino al mundo el padre del excelentísimo señor que ha dado a España gloria y decretos espantables. Es, pues, mi bisabuela esta linda muchacha, que creo se me parece un poco. Y no me avergüenzo ni de él ni de ella, porque, si te paras a pensar en la vida del gran Leonardo, verás que ese genio portentoso brotó, como una flor, en los alrededores de Vinci, a causa de la fusión entre una campesina blanca y bella, estatua viva, y la florentina sangre de un noble cazador, extraviado, que poseía el fuego creador de genios.

—¿Eres extraordinario!—exclamó Noguerras, molesto.—Vengo en tu busca, para saber de ti, y te entretienes en inventar cuentos chinos acerca de tus antepasados, noticias absurdas y nada honrosas, que digamos.

—¿Para, para! No pensarás que el honor de mis antepasados sea mi propio honor. ¡De ningún modo! Mi honor es mío. Nace en mí y acaba en mí. Pero voy a ser breve, porque, en verdad, las notas de este libro son aburridísimas y no enteramente veraces. Bástete saber que, según lo que dice y lo que calla, hay entre mis ascendientes paternos y maternos unos ejemplares nada recomendables: algún ladronazo y ladronzuelo; varios donjuanes; alguno que otro sabueso astuto, estafador y salteador de caminos; tal cual dama complaciente, y, mezclados entre tales sujetos, algún pillastre,

algún bandido, algún bobalicón honradote y algún bragazas. De todo. Toda la fauna, como diría cierto profesor. ¿Te enteras?

—Espero a ver adónde vas a parar.

—A una conclusión que te dejará estupefacto. He pensado en esto mucho. Desde cierta conferencia que oí, no he dejado de preocuparme de vez en cuando. Y no de ahora. Analizando mi conducta de siempre, buscaba en vano una explicación. A veces he obrado muy bien, tan bien, que, de haber justicia, me otorgarían el premio de la bondad o el de la honorabilidad u otro que se creara; pero otras veces me he comportado del modo más brutal e indecente. Como quiera que, a mi pesar, me era difícilísimo—si no imposible—corregirme, pensé mucho, y hube de elaborar para mí una teoría, que es perfectamente aplicable a todo el mundo. Y es como sigue: Uno obra, no como quiere, sino como puede. A veces, sólo quiere aquello que sabe que puede; pero otras pretende los mayores absurdos. Se habla del subconsciente, de la duplicidad del "yo". Parece que dentro de uno hay alguien que aprovecha nuestros descuidos y se pone delante del "yo" y le suplanta. Otras veces trabaja para nosotros alguien de nosotros, sin que nos enteremos, si no es por los resultados. Echegaray cuenta en sus Memorias el hecho de haber resuelto durante el sueño problemas de matemáticas cuya dificultad no podía vencer despierto. Yo he llegado a la conclusión de que la obra oscura del subconsciente puede interpretarse en este sentido: la personalidad humana no sólo es doble, sino múltiple. Los antepasados permanecen en uno mismo, dentro de uno mismo y actúan frecuentemente sobre uno. De ahí las contradicciones, los cambios de carácter, de conducta; la chispa de bondad o de maldad que alumbró la trayectoria de cada una de las vidas humanas. Los antepasados luchan por manifestarse por el intermedio de uno. Pero ocurre a veces, sobre todo en plena virilidad, que el carácter se impone; el carácter, que es como el "yo" en el pleno uso y dominio de sí. El carácter, entonces, se yergue, sobresale y anula la labor oscura, terca y perturbadora de los entrometidos antepasados... ¿Qué me dices?

—No sé... Me dejas turulato. Y la teoría no me parece un disparate.

—Ni su idea final, desembocando en el carácter. Y como prueba de ello me impongo el castigo de volver a casa de don Abdón y confesarme delante de todos. La confesión ya lleva en sí el castigo y la garantía de enmienda. Me he propuesto vigilarme y vencer a esos bandidos ancestrales que me acechan. Y como primera providencia, vayan al fuego estas imágenes.

En efecto, arrojó los retratos a la lumbre, y enseguida, como sarmientos resecos, crepitaban los marcos de madera barnizada, y las lenguas de llamas devoraban las descoloridas cartulinas.

C O R R E O

Autor de "Juan".—Su cuento se parece en el tema a otro publicado recientemente en estas páginas. Mándenos otra cosa.

◆

A. O. V.—Su cuento "El Legado" irá en nuestra página para niños.

◆

S. P. O.—Sus versos no entran en la índole de nuestra revista. Mándenos prosa.

◆

F. M. H.—Si admirásemos tanto sus originales como admiramos su constancia, sería usted el más asiduo colaborador de CIUDAD. Venga a vernos.

◆

E. S.—Lo que usted nos envía nos parece más propio de una revista exclusivamente literaria.

◆

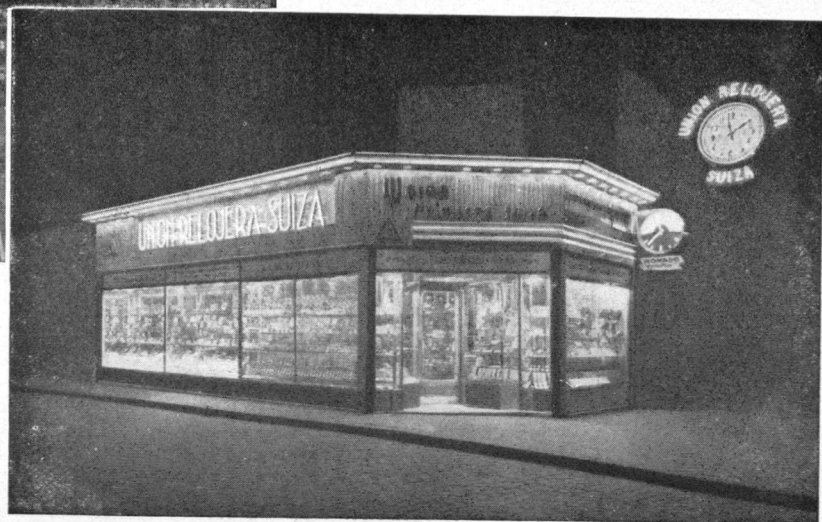
V. N. G.—Sus poemas, como otros muchos con que nos honran nuestros jóvenes colaboradores literarios, no irán.

◆

P. N. A.—La Coruña.—El trabajo de su presentado no nos parece aprovechable. Que intente con otra cosa



LOS GRANDES COMERCIOS DE MADRID



De las grandes capitales europeas, Madrid es una de las que se moderniza más rápidamente. Viajeros eminentes se han asombrado de la nueva fisonomía que ha tomado en el breve espacio de los últimos ocho años; les sorprende la riqueza de nuestros cines y cafés de lujo y la demostración de buen gusto en las líneas de arquitectura moderna e instalaciones de importantes casas de comercio. El local de la Unión Relojera Suiza pertenece a esta última categoría de negocios, que vienen dando a nuestra ciudad el aspecto de un Broadway europeo. Sus vidrieras, artísticamente arregladas, resaltan encantos, merced a una habilísima instalación eléctrica, que hace del frente de esta impor-

tante casa de relojería uno de los más atrayentes de la Gran Vía. Millares de relojes, de las mejores fábricas del mundo, enseñan sus rostros ovalados, redondos, cuadrados, donde la técnica y el arte moderno combina los más artísticos modelos a través de los cristales de sus escaparates, llamando la atención del paseante. Es verdad, pocos comercios atraen tanto la mirada del caminante como el de la Unión Relojera Suiza.

Constructora FIERRO, S. A.

M A D R I D

Domicilio social: BARQUILLO, 1. - Teléf. 24721

Capital: 10.000.000 de pesetas



Edificio de la Estación de Jerez de la Frontera, construido por esta Empresa.

OBRAS EN CONSTRUCCIÓN POR VALOR DE
CIEN MILLONES DE PESETAS

BANCOS PARTICIPANTES, REPRESENTADOS
EN EL CONSEJO DE ADMINISTRACION:

Español de Crédito.-Hispano-Americano.-Herrero
de Oviedo, de Gijón. - Mercantil, de Santander.